

estudios

De algunas cuestiones que suscita el catecismo nacional

Hace varios años que el episcopado español encargó a una comisión de expertos la redacción de un catecismo nacional, para acabar con la multiplicidad de epítomes de la doctrina cristiana que padece nuestra patria.

La comisión compuso un anteproyecto que pasó a estudio de todos y cada uno de los prelados españoles. Del tupido tamiz de las críticas episcopales debió de volver a su procedencia con muchas y muy variadas enmiendas, las cuales, acogidas y consideradas por los mandatarios, se han elaborado en un nuevo proyecto que la comisión califica de definitivo y que está ya sometido, como el primero, a las correcciones de los obispos. Es de creer que el nuevo ensayo no sufra tan rigurosa suerte, y existen indicios de que apunta el anhelado día del catecismo nacional único.

Entendemos que la implantación del catecismo nacional es, o debe ser, un acontecimiento sobresaliente, de ancha y profunda influencia en el panorama de la formación religiosa del pueblo español, y nos parece congruente hacer algunas reflexiones sobre la trascendencia que entraña este paso.

UN POCO DE HISTORIA

Los pequeños compendios de la doctrina cristiana que llamamos catecismo no se remontan más arriba del siglo xvi. Brotaron en su precisa oportunidad, cuando la Reforma forcejeaba por abrir brecha en el ideario ortodoxo de Europa y cuando la recién nacida imprenta ofreció asombrosas facilidades para la difusión del pensamiento. Pero fué tal la exuberancia de catecismos súbitamente producida, que, aparte un conato del Concilio de Trento por encauzar aquella frondosidad, ya en 1583 el jesuíta Gil González, se duele en términos muy precisos de la variedad de ellos que encuentra por cada rincón de España, fenómeno que, quizá con profusión menor, se dió también fuera de nuestra patria.

El cardenal Caprara pide en 1806 "una regla constante y común en aprender la doctrina cristiana". "Así como es una la fe..., sea también una y común—dice—la forma y el método de proponer la misma fe."

Pero en tiempos modernos la voz más tonante y la actitud más resuelta han sido las de San Antonio María Claret. "A la verdad—escribía por el año 1864—, quedamos asombrados al ver la multitud y diversidad de catecismos. Los leímos detenidamente: de todos ellos escogimos seis y los enviamos a Roma, suplicando al Padre Santo se dignase mandar exami-

narlos, y el que hallase mejor y más a propósito tuviese a bien señalarlo, a fin de que fuese el único catecismo por el cual se enseñase la doctrina cristiana a todos los niños del reino."

Pocos años más tarde el Concilio Vaticano decidió componer y promulgar un catecismo único para la Iglesia universal. La propuesta fué acogida con el voto favorable de quinientos treinta y cinco obispos y el opuesto de cincuenta y cinco.

Al cabo de ochenta y siete años no se ha cumplido esta providencia del último concilio ecuménico, que, como se sabe, quedó inconcluso. No obstante, la Iglesia persiste en su deseo de unificación. Entrado ya nuestro siglo, Pío X se dirige al cardenal Respighi en estos términos: "... para llegar así al texto único, a lo menos para toda Italia, que está en la voluntad de todos." Y acentos semejantes resuenan desde otros pináculos de la Iglesia.

Ya en nuestros días, en 1930, aparece el *Catechismus Catholicus*, del cardenal Gasparri. Este catecismo, si bien robustecido con la colaboración o con el dictamen de altas autoridades, examinado por los consultores de la misma Sagrada Congregación del Concilio y editado en la Tipografía Vaticana, está desprovisto de carácter oficial y de fuerza de obligar. Sin embargo, lleva en sí una intención y un peso que no deben desconocer quienes después de él asuman la responsabilidad de elaborar nuevos catecismos. Pues del prólogo del catecismo de Gasparri son éstas las primeras palabras: "Cuanto se dedican a difundir la doctrina cristiana desean ver realizados los votos de los Concilios de Trento y del Vaticano, de que se componga un catecismo para uso de la Iglesia universal."

A pesar de tan constantes empeños, hoy puede creerse aplazada *sine die* la preparación de un catecismo de vigencia mundial. No olvidemos que la problemática religiosa de las naciones es muy varia y, por consecuencia, se diversifican mucho en los distintos pueblos la extensión y el giro con que conviene tratar algunas materias.

En tanto que se hace posible el suspirado aumenamiento general, las jerarquías de cada nación han ido proveyendo al de los catecismos de sus respectivas lenguas.

Ciñéndonos a España, el acervo de sumarios catequísticos que apesadumbró al padre Claret en poco habrá mermado, porque si bien cayeron en desuso algunos de los que recogiera el afanoso y santo arzobispo, han hecho irrupción otros que él no conoció, como el de San Pío X, los arreglos de algunos autores sobre *doctrinas* clásicas y los numerosos catecismos diocesanos, calcados también en los antiguos, que se han impuesto en gran parte de las demarcaciones episcopales.

Sabemos que a fines de 1940, cuando las contingencias de nuestra guerra de liberación y sus derivaciones inmediatas originaron el exorbitante trasiego de familias que hemos presenciado, y quedó patente, sobre todo en las aglomeraciones industriales, la variedad de catecismos imperante en el territorio español y el daño que acarrea, los Metropolitanos estudiaron ya este problema. Pocos años más tarde crearon la comisión redactora del catecismo nacional.

LOS MALES DE LA PLURALIDAD

Salta a la vista de los consagrados a la enseñanza y aun de otros que otean con atención la perspectiva del campo educativo la necesidad de aunar los catecismos, siquiera los de cada nación. Convendrán en el contenido ideológico, puesto que es condición sustancial de todo catecismo, que ha de sobrentenderse cumplida, la exactitud de doctrina, mas es bueno y necesario que concuerden asimismo en el método y en la expresión literaria y literal.

Uno de los inconvenientes de la disparidad es que los niños que, dentro del período escolar, han de trasladarse de una a otra región olvidarán el catecismo que estaban cursando en su lugar de origen y no aprenderán el del punto de término; daño que se agravará si son varias las mudanzas, como puede ocurrir a hijos de funcionarios y de empleados administrativos. Estos niños, por lo regular, quedarán privados de poseer con suficiente plenitud y dominio unas normas concisas y bien perfiladas de vida cristiana.

Mirando a los educadores en cuyas aulas confluyen alumnos procedentes de distintas provincias, se verán impotentes para apoyar y cifrar en fórmulas sus lecciones de Religión, como pide una prudente pedagogía.

Y ¿habríamos de desistir de que en el seno de la familia se pudiera platicar, cual antaño, sobre temas de catecismo porque cada uno aprendió una doctrina distinta?

Agréguese que la diversidad de catecismos trasciende a la unidad de la formación religiosa que sería conveniente introducir, como indicaremos, en las enseñanzas media y superior. Estando en vigencia para toda la nación un solo catecismo, no se habrían conocido casos de pedirse, en examen de estado, respuestas literales de un catecismo distinto del que estudió el alumno.

¡Qué deseable sería, por otra parte, que quienes hablan una misma lengua expresen también con unos mismos vocablos la fe común y los derroteros por los que todos ansian llegar a un mismo puerto de eternidad!

No hay duda de que la primera generación que vea implantado el catecismo único padecerá el desconcierto y las fallas que, ineludiblemente, han de seguir a la situación; mas habrá que transigir con esta circunstancial desventaja, en obsequio del bien permanente que redundará de la unidad para las generaciones venideras.

EL CATECISMO NACIONAL

Espinosa tarea pesa sobre los redactores del avance de catecismo español. Pero sí, después de implantado, la experiencia de unos cuantos años da por bueno y sanciona su trabajo, aunque se discutan aspectos de él en todo caso discutibles, habrán hecho un inapreciable servicio a la Iglesia y a la Patria.

El catecismo austríaco, aparecido en 1931, costó más de diez años de prolijo estudio, extensas colaboraciones y correcciones muy numerosas, a los que habían precedido otros muchos años de tanteo y de polémica. No menos laboriosa fué la gestación del ale-

mán, promulgado en 1925, después también de una larga etapa de conferencias y congresos, artículos y libros, ensayos y experiencias en las escuelas. Y no temos de paso—detalle enjundioso—que este catecismo, admirablemente logrado y meritorio, no puede decirse en rigor que sea original, pues que es refundición del de Linden, así como éste había nacido en el seno del de Deharbe.

EL CATECISMO PARA LOS NIÑOS

Los niños son los primeros usuarios del catecismo. Esta circunstancia impone ciertas condiciones al epítome.

Ha de ser breve, a fin de que pueda retenerlo sin desmedido esfuerzo. Pero, con la brevedad, ha de conciliarse la densidad de doctrina, porque es preciso que el catecismo inicie, a lo menos, en todas las cuestiones que para una vida profundamente cristiana pueden suscitársele normalmente a un católico; y a la vez que denso, ha de ser bien entramado o sistematizado, puesto que el cristianismo es un cuerpo de doctrina orgánico y vertebrado, no una inerte yuxtaposición, y hace falta que el niño *vea* esto.

Ha de ser breve, porque—digámoslo sin reparo—debe aprenderse de memoria. Algunos tratadistas limitan la memorización a ciertas proposiciones. En nuestro entender, debe extenderse a todo el texto.

Don José Luis Aranguren ha dicho con claro atisbo en estas mismas páginas: "El tradicional aprendizaje del *Catecismo* de memoria y aun al pie de la letra no me parece ningún dislate. Pensemos que el *Catecismo* no es sino el epítome de la teología católica y el único contacto con ella que tendrán ocasión de tomar la mayor parte de los estudiantes que no lleguen a terminar el Bachillerato... El hecho de que en la mente de los niños quede grabado, bajo forma de preguntas y respuestas, cuanto, ya hombres, deben saber para ser buenos cristianos, sólo beneficios puede reportarles." Y es precisamente en este razonamiento en el que hay que insistir. Porque el catecismo debe ser el vademécum del católico, que le acompañe a lo largo de toda su vida. La gran masa católica, la que no rebasará o no alcanzará una cultura media, llevará consigo por único bagaje intelectual religioso el que le dió el catecismo en la escuela o en la catequesis parroquial, y este prontuario de dogmas, preceptos y caminos de vida sobrenatural vendrá a ser su testimonio de última apelación en los trances de resolver dudas o de tomar determinaciones. ¡Que al alejarse los adolescentes de la escuela los dejemos bien asidos de la mano de este sabio acompañante!

Por otra parte, las fórmulas textuales del catecismo deben ser y son tan precisas y sintéticas, que una sustitución de vocablos, aun aparentemente sinónimos, puede deformar el concepto e inducir a error. Importa mucho, para que el testimonio sea fiel a lo largo de la vida, que los textos se puedan reproducir con toda su exactitud literal.

Por eso el breviario de enseñanzas cristianas ha de ponerse al alcance del hombre cuando más duraderamente inscrito puede quedar en la memoria, cuando más aprehensiva es esta potencia, cuando la atención no ha sido absorbida todavía por otros intereses; es

decir, en la niñez. Pero sin apresurarse con exceso, porque sería irrazonable encadenarle al aprendizaje memorístico antes que pueda entender someramente lo que estudia y antes que necesite para su conducta actual las pautas que fija en su memoria. Muy otro debe ser el procedimiento formativo del niño que no ha llegado al uso de razón.

Y viviendo a la inteligencia del catecismo, ¿puede el niño que ha alcanzado la edad del discernimiento captar los conceptos, hondos y abstractos muchas veces, del catecismo? Porque no será pedagógico, ni discreto, ni humano, someterle a una memorización puramente mecánica.

Los modernos catecismos son graduados y lo es el que ahora se propone para texto nacional. Esta graduación es concéntrica y acumulativa. Así el escolar adscrito al primer grado estudiará unos cuantos puntos de cada una de las partes en que se divide el catecismo, porque tiene necesidad actual de saber algo sobre la fe y sobre los mandamientos, sobre la oración y los sacramentos y demás medios de perseverancia y santificación, y también porque si abandonase prematuramente la escuela y en ella hubiese aprendido la doctrina en orden rectilíneo, saldría sabiendo más de lo que al presente necesita acerca de los primeros temas que trata el catecismo, pero desguarnecido de todo conocimiento sobre otras materias, tan indispensables, en su presente y en su futuro, como aquellas que aprendió. Cuando ascienda al segundo grado se le propondrán fórmulas ampliatorias de las que estudió en el primero, sin sobrepasar la nueva capacidad intelectual que se le supone, ni su necesidad presente, e insistiendo en las fórmulas que aprendió en el primer grado. Y así sucesivamente, sin abandonar nunca los textos memorizados en los grados inferiores.

Los pasajes del catecismo deben ser, pues, al mismo tiempo que memorizados, entendidos por los alumnos. Entendidos, naturalmente, de un modo más primario en los grados más bajos, con mayor precisión y amplitud en los subsiguientes.

Sabido es que la comprensión de las respuestas del catecismo depende, en muy importante proporción, del afán y de la habilidad pedagógica de los educadores. Mas también supone mucha precaución y destreza en los redactores del texto, que, además de organizar sabiamente la graduación, han de atemperar el estilo, los giros gramaticales, el vocabulario y aun la cadencia o número de los párrafos—la experiencia enseña que esto encierra considerable valor—a la condición de los niños a quienes se destinan los respectivos grados. Sin embargo, la redacción debe ser correcta y digna, puesto que esas fórmulas serán recordadas y revisadas por adultos de cualquier nivel cultural.

No puede afirmarse que aprender el catecismo de memoria "es como portar un libro que sólo mañana lograremos entender". Quizá la expresión no fué esta vez enteramente dócil al pensamiento y al óptimo deseo de quien esto escribió. Lo cierto es que ningún catequista reflexivo se conformaría con haber cincelado en la memoria del niño la letra del catecismo, sino que aspirará con el mismo ahínco a convertir en luz de inteligencia las palabras y frases de ese epitome doctrinal que, en efecto, "se asemeja... a un tratado teológico", mas ni "excesivamente" ni "en su es-

píritu", si el catecismo está bien concebido y bien construido.

De hecho, entiende el niño su catecismo en medida suficiente, cuando trabaja sobre un libro inteligentemente graduado y redactado y cuenta con el auxilio de un educador apto. Y así debe ser, por razones pedagógicas y por razones apostólicas, que suelen ir emparejadas. Al escolar y al bachiller y al universitario les quedarán por descubrir mundos de ciencia religiosa después que hayan estudiado con cabal aprovechamiento sus textos oficiales de Religión, cualesquiera que ellos sean; pero en las diversas etapas debe adquirir todo el caudal de conocimientos religiosos que necesita para el gobierno presente de su vida.

Los modernos prontuarios de doctrina cristiana han adoptado un sistema mixto de interrogativo y expositivo. Así también el proyecto de catecismo nacional español. Lo que ha de aprenderse va en la forma erotématica de preguntas y respuestas, y luego de una o algunas respuestas se intercalan breves lecturas que ilustran los términos de aquéllas y ofrecen un recurso didáctico al profesor. En Francia es facultativo de los obispos intercalar en el texto nacional las lecturas que consideren más adecuadas. ¡Quién sabe si esto no servirá, andando el tiempo, para que una decantación espontánea vaya formando la selección de lecturas que convendría a todas las diócesis francesas!

Estas lecturas son útiles, tanto como para esclarecer las ideas comprimidas en fórmulas memorísticas, para darles impulso vital, para hacer del catecismo un motor de vida cristiana, lo que no sería posible lograr con las lacónicas expresiones del texto.

Son ahora unos cuantos los escritores interesados en una revisión de la vida católica contemporánea los que han parado su atención en el catecismo y le tachan de intelectualista, frío e infecundo. Tal vez no se considera el asunto en todas sus dimensiones.

El catecismo, concebido en lo sustancial como son los catecismos que todos conocemos, aparece necesario e irremplazable. La razón es la facultad que gobierna al hombre y, por tanto, la que ha de estar en posesión de los módulos de conducta. Por eso el catecismo ha de ser racional, ha de dar proposiciones intelectuales concisas. Ante todo, hay que hincar en el alma la doctrina. Y con método dogmático. Esta es la función del catecismo; no la desnaturalicemos. Si bien es verdad que la voluntad humana no se mueve sólo a impulsos de la inteligencia, sino que también es determinada por otros estímulos, éstos tienen escasa cabida en los textos, necesariamente sucintos y dogmáticos, del catecismo propiamente dicho. Esos otros acicates han de operar con ocasión del catecismo, pero desde fuera de él; es decir, desde las explanaciones del profesor o desde las lecturas a que nos referimos, las cuales, aunque bien halladas en él, no pertenecen a su ser.

¿Es cosa distinta de esto el "otro catecismo" que pide don José María García Escudero?

Que el catecismo alumbre vida y fervor lo vienen ansiando los catequistas católicos de todas las latitudes, pero que el librito de doctrina cristiana contará siempre con insuficientes recursos para caldear la voluntad, y por eso se han dado a excogitar métodos variadísimos de explanación, entre los que no faltan el que, partiendo de la parábola, como propugna García

Escudero, viene por sus pasos contados a condensar la exposición de doctrina en la fórmula memorística del catecismo, ni aquellos en que juegan fundamentalmente la historia sagrada y la liturgia, según agrada a Aranguren. Para que la formación religiosa de nuestros niños sea operante y vivificadora no es menester que saquemos de quicio el catecismo. Pidámosle toda la palpitación que permite su naturaleza, mas sepamos que tan precisos son los buenos catequistas como los buenos catecismos.

Agreguemos a lo dicho que, junto con el catecismo, otros libros deben contribuir a modelar religiosamente el alma del niño. Enumerar estos libros complementarios nos descaminaría, pero no nos resistimos a apuntar que, según entendemos, sería de gran conveniencia que en la culminación de la edad escolar manejase el alumno un compendio de principios de moral ajustado a su momento vital e ilustrado con casuística bien elegida.

EL CATECISMO PARA LOS HOMBRES

El hombre de cultura primaria, el que salió de la escuela para tomar en sus manos la herramienta, apenas tendrá a lo largo de sus días ocasiones de ampliar los conocimientos religiosos que le suministró el catecismo. Pero el de profesión liberal, el estudioso, ha de ensanchar el área intelectual de su religiosidad por imperativo de su propia elevación cultural. De ahí que los estudiantes de enseñanza media y superior tengan esas clases especiales de Religión, de las que tanto se habla y se discute. No bajaremos a la liza para esgrimir argumentos por unos o por otros. Queremos plantear el asunto en términos distintos.

Nos preguntamos: ¿por qué dissociar el catecismo de los estudios medios y superiores de Religión? Costó grande y continuado esfuerzo aprender (léase memorizar y entender) la letra del pequeño resumen de teología cristiana que es el catecismo. Y el esfuerzo no fué vano, porque, como queda dicho, es de capital importancia poseer hasta el fin de la vida, en fórmulas comprimidas, los principios por que deben regirse nuestros movimientos espirituales. El intelectual vendrá a tener, a su salida de la Universidad, anchas y claras ideas (¡Dios lo haga!) del dogma y moral cristianos, pero a menos que haya estudiado sistemáticamente la teología, le vendrá muy bien a lo largo de su vida tener archivado en la memoria el lacónico párrafo que formula con exactitud aquel misterio, aquella pauta de que en cierto momento necesita hacer aplicación.

El catecismo es un libro de autoridad, el de más autoridad en materia religiosa de cuantos normalmente maneja un católico seglar; el indiscutible, por cuanto está sancionado con los mejores recaudos por la Jerarquía eclesiástica nacional. ¿Por qué dejarlo en la orilla cuando nos disponemos a bogar por el mar de los grandes problemas morales?

El aforismo pedagógico de *lo conocido a lo desconocido* tendría muy adecuada aplicación si las enseñanzas media y superior de Religión fuesen nuevos ciclos del catecismo, cada vez más anchurosos. Así el

catecismo sería, como debió haber sido siempre, el manual del hombre católico, que no sólo del niño, y se levantaría de la injusta subestimación en que se le tiene sumido.

Cierto que en la adolescencia y en la juventud hay problemas ideológicos y morales que son característicos de la edad y de la circunstancia cultural, pero el catecismo ofrece en germen respuesta a todas las cuestiones, y no habría sino explicar unos puntos con más anchura y otros con más concisión.

Solución precaria sería, a nuestro juicio, simultáneas el repaso del catecismo con el estudio de un texto lato, porque siempre el catecismo quedaría postergado en la valoración del alumno y porque no se establecería la conveniente conexión del formulario catequístico con el libro de clase. Sería mejor que el texto del bachillerato y el de la Universidad y escuelas superiores siguiesen la sistematización del catecismo, y de sus fórmulas hiciesen centro y núcleo de todo el desarrollo. Esto supone una previsión en la elaboración del catecismo y, sobre todo, una nueva concepción de los libros de Religión que se estudiasen en los centros de enseñanza media y superior. Ahora, cuando parece estar a punto de ultimarse el catecismo nacional, ¿no es la coyuntura de reflexionar sobre este asunto? Queda por sugerir (y perdónesenos que hayamos rozado este negocio—en la mejor acepción de la palabra—tan vidrioso) la utilidad de que estos libros de Religión fuesen también unificados por la Jerarquía española. El caso de los textos de Religión difiere radicalmente del de otros textos, en lo tocante a la libertad de opinar y de metodizar.

Finalmente. A personas de toda condición les es provechoso tener en su biblioteca personal o familiar una obra de consulta que sea exposición amplia de la Religión católica. Muchos y buenos tratados de esta clase han cundido por España, unos nacionales y otros extranjeros: Mazo, Dianda, Spirago, Vilaríño, y tantos más. En algunas ocasiones no es suficiente el catecismo, ni lo son los textos de enseñanza superior, para dilucidar cuestiones, para aclarar puntos confusos que saltan al plano del interés actual, evocados por una lectura, una conversación, un acontecimiento, o un trance de elegir modo de obrar.

Si la instrucción religiosa del español se llegase a montar sobre la estructura del deseado catecismo único, bien sería que se compusiese también un libro de consulta de pocos volúmenes, como son los citados, que desarrollase con amplitud la letra del catecismo. Si tuviese la condición de libro oficial de la Iglesia, sería mejor aceptado. De este libro convendría hacer suplementos o reiteradas ediciones cuando sobreviniesen circunstancias que aconsejaren hacer más luz sobre algunas materias.

Padres e hijos, gentes y grupos de diversas extracciones, los católicos españoles todos, tendrían una comunidad de fórmulas doctrinales, que no sería despreciable progreso, y aun las predicaciones dominicales de las parroquias podrían apoyarse, con no poco fruto, en unos enunciados familiares y bienquistos para todos.